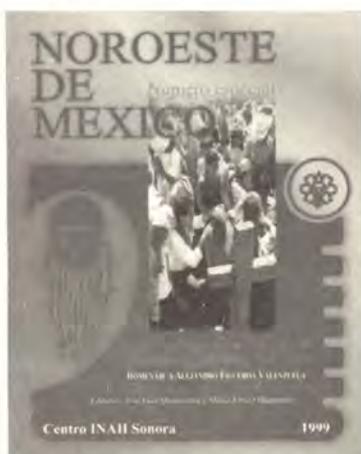


María Eugenia Olavarría

José Luis Moctezuma y María Elisa Villalpando (eds.)
 “*Antropología de la identidad e historia en el Norte de México. Homenaje a Alejandro Figueroa Valenzuela*”
 Número especial de la revista *Noroeste de México*,
 Hermosillo, Sonora, Centro INAH Sonora, 1999, 198 pp.



No cabe duda que en este número especial de la serie *Noroeste de México*, dedicado a la memoria del doctor Alejandro Figueroa Valenzuela, se evoca al amigo, al académico, al antropólogo. Justamente en esta colección fue publicada su historia del pueblo yaqui *Los que hablan fuerte. Desarrollo de la sociedad yaqui*, que marcó el inicio de su interés por investigar los procesos históricos en la conformación de las identidades étnicas del Noroeste de México. Este interés culminó en su tesis doctoral sobre el sistema identitario de yaquis y mayos, el cual representa, entre otros, un significativo aporte en la identificación de procesos étnicos e interétnicos en el nivel regional. En este tenor, queda poco por decir sobre cada uno de los artículos que no haya sido mencionado ya en la excelente introducción a este número, elaborada por José Luis Moctezuma y María Elisa

Villalpando, por lo que centraré mi comentario en lo que este conjunto de trabajos representa para la construcción teórica de la macro región que da su nombre a esta colección, el *Noroeste de México*.

El conjunto de artículos que integra este número se articula en torno a una perspectiva regional y de búsqueda de procesos más que de fenómenos. Y a pesar de o gracias a su diversidad y riqueza, la mayoría de las investigaciones antropológicas y lingüísticas parece aglutinarse alrededor de un cuestionamiento: ¿a través de cuáles procesos se interrelacionan lenguaje, ideología y ritual en el contexto de las identidades de una macro región que ha sido conceptualizada desde su inicio como heterogénea, intermedia y poco conocida? Una de las repuestas a esta problemática la proporciona el artículo de Juan Luis Sariago, “Propuestas y reflexiones para una antropología del norte de México”.

Ya Wissler y Kroeber (1926) y Kroeber (1931) en un esfuerzo pionero por proponer regionalizaciones y tipologías de las culturas indígenas de América, incluyeron al Norte de México en el área comprendida por el Gran Suroeste¹ (de Estados Unidos), aduciendo que la escasez de da-

¹ Generalmente descrita por investigadores de habla inglesa como The Southwest o Greater Southwest, se trata de un área con bases culturales y medioambientales definida por su población de cazadores-recolectores y agricultores de las tradiciones Pueblo y Sonora-Gila-Yuma (Villalpando 1991:33)

tos sobre esa región impedía conocer el elemento común de las culturas tribales del área. Menos aún, conocer el sustrato del cual emergieron o la interrelación de sus desarrollos, en suma, renunciaron a conocer la ecología humana de la región. A pesar de reconocer la inexistencia de una prehistoria del Norte de México, estos autores admitieron que el conocimiento del Gran Suroeste dependía en gran medida del estudio del Norte de México, dado que éste fue considerado desde entonces como la puerta de entrada del flujo cultural proveniente de Mesoamérica. Asimismo, al afirmar que en el Gran Suroeste confluyen de manera importante dos flujos culturales paralelos e interrelacionados —agricultores y no agricultores— sentaron una de las bases para el estudio de la región.

Desde entonces, la definición de un área cultural no fue considerada como un fin en sí mismo, sino como un medio para el entendimiento de los procesos culturales e históricos, de manera que Kroeber llegó a plantearse como uno de sus ideales la construcción de mapas sin fronteras que mostraran tanto el flujo como la distribución culturales.

En su definición del Gran Suroeste, tanto Kroeber como Sauer (1935) incluyen el Norte de México, ya que sitúan su límite hasta el trópico de Cáncer, por lo que la mitad del *Great Southwest* quedaría en lo que actualmente es México. Siguiendo la línea del Pacífico, incluyen a los cahitas y el centro de Sinaloa, mien-

tras que hacia el continente la delimitación no es tan clara y ambos dudan en incluir a tarahumaras y conchos (aunque finalmente incluyen a los primeros y dejan a los segundos como parte del área México Central).

Más tarde, Kirchhoff (1954) llegó a preguntarse si el Gran Suroeste era o no una entidad 'real' ya que las culturas regionales sólo existen en un tiempo y un espacio determinados (advertencia olvidada por quienes aun hoy día emplean el concepto de Mesoamérica de manera descontextualizada). Su propuesta constituye ciertamente un paso más allá de una tipología hacia una auténtica clasificación, al establecer como criterio definitorio la presencia de instituciones políticas centralizadas en Mesomérica y Oasisamérica, frente a la preeminencia del parentesco en Aridoamérica.

Décadas más tarde, el término Mesoamérica —acuñado en 1943 (Kirchhoff 1967)—, no obstante facilitar la comunicación intradisciplinaria y a pesar de la valoración desproporcionada que recibió, aún provoca cierta preocupación entre los antropólogos puesto que, si el Gran Suroeste se define por una serie de rasgos que se supone llegaron por Mesoamérica, no existen datos arqueológicos que corroboren esta afirmación, más allá de los métodos de contraste tradicionales (Nalda 1991). De manera que, si bien el esfuerzo clasificatorio precede cualquier entendimiento de la historia de los grupos que integran un área cultural, este procedimiento no es, como ya se indicó, un fin en sí mismo sino un paso previo que partiendo de lo sincrónico busca ahondar en el desarrollo de procesos culturales.

Una de las enseñanzas de esta historia es que el conocimiento actual del Norte de México posibilita ya superar tipologías y esquemas clasificatorios difusionistas y empiristas para proponer modelos teóricos, lo que implica abandonar la noción simplista y poco fundada del centro de México como donante cultural y el

Suroeste como receptor. En este sentido, las definiciones del Noroeste son, en su mayoría, por ausencia: "El Suroeste comparte con México (sur) la agricultura, metate y tortilla, pavo doméstico, cerámica pintada, algodón, textiles, ritualización, sacerdocio, máscaras. *Pero carece* de metales, estructuras piramidales, aparato político" (Kirchhoff 1954, traducción y cursivas mías).

Hace falta una definición positiva del Noroeste de México que contemple su situación geográfica intermedia —una superárea que abarca del valle de San Miguel Culiacán hasta el área conocida como la cultura Trincheras al norte— la cual determina en gran medida la perspectiva que se tiene del Norte de México como también culturalmente intermedia. La presencia tanto de aspectos mesoamericanos como de la región septentrional, entre los grupos nativos de este extenso territorio, ha planteado a los investigadores no pocos problemas que desembocan, en la mayoría de los casos, en la apreciación de sólo una de las caras de la moneda: la definición de la frontera norte de Mesoamérica (Broda 1991: xiv). Por su parte, la comparación con los pueblos indígenas septentrionales, sobre todo los pueblo y navajo del Suroeste y los indios de las llanuras, no se ha retomado desde los importantes intentos llevados a cabo hace ya más de sesenta años por Parsons (1939). Y más importante aún resulta retomar los casos del Valle de Altar y la cultura Trincheras (Villalpando).

Frente a este orden, quedan pendientes varias cuestiones que deberán ser resueltas por la investigación etnográfica, arqueológica y filológica de los grupos de las familias lingüísticas que prevalecen en la región: la yutonahua o utoazteca y la pimana, considerando su especificidad cultural. Las etnias que componen la familia lingüística utoazteca ocupan al menos dos áreas, la mesoamericana y la oasisamericana, cuyas fronteras no son impermeables y cuyo establecimiento, como ya se mencionó, se debe a un in-

tento de Kirchhoff (1967) por sistematizar la concurrencia de determinados rasgos, más que a fundar una tipología.

Podrían considerarse los avances en otros aspectos y regiones, por ejemplo, el concepto de *tradición religiosa mesoamericana* acuñado por López Austin alude a la congruencia global inferida de fuentes antiguas y actuales que corresponde a una misma corriente histórica ubicada en la dimensión de la larga duración: religión mesoamericana y religiones coloniales. No se trata de un mismo conjunto de formas de pensamiento o cosmovisiones, sino de reconstruir un contexto: "en los estudios del mito es prioritaria la reconstrucción del contexto de las creencias mitológicas. Éste debe tratar de reconstruirse a partir de las fuentes más explícitas, y hoy lo son, precisamente, las fuentes documentales que se refieren a los pueblos nahuas del Altiplano Central" (López Austin 1989:93).

Este procedimiento ya ha sido probado con validez en las investigaciones relativas a los petroglifos del Norte de México y de los sistemas astronómicos del Suroeste de Estados Unidos.² La *conexión mesoamericana* se afirma sobre el conocimiento que se tiene de los grupos de la Meseta Central, lo que ha permitido la identificación de las peculiaridades del Gran Suroeste como un conjunto de sistemas con ausencia de: *a*) calendarios escritos, *b*) sistemas numéricos de cuenta larga, *c*) "años" de 260 días y *d*) año bisiesto; todo ello asociado a una mayor indefinición entre las temporadas de secas y lluvias (Zeilik 1991:545).

En otro terreno, con base en los estudios de la lingüística histórica, Hill (1992) reconstruye un sistema ritual propio de los pueblos de lengua utoazteca creado a partir del concepto de *flor*, dicho sistema es identificado por la autora aun en antiguas fases de desarrollo de la comu-

²Verbigracia los sitios de El Zape en Durango, y La Proveedora y Calera, Sonora (Broda *et al.* 1991).

nidad de habla, lo que le permite proponer un patrón común de representación del mundo entre los grupos nativos aludidos. Este complejo cromático identificado como el *mundo flor*,³ dada su significación y distribución entre los utoaztecas, sugiere un origen septentrional y además de estar presente entre las lenguas utoaztecas sureñas, se encuentra en el hopi; las lenguas numic manifiestan algunos aspectos del complejo, y en menor número, las lenguas takic. Si esta conexión se ha probado en el nivel lingüístico, el punto de vista histórico confirma las distintas formas como tuvo lugar la conformación de la identidad de las comunidades indias del noroeste.

En lo particular, los sistemas simbólicos de estos pueblos no han sido tratados exhaustivamente, a diferencia de otras regiones y grupos etnolingüísticos. A pesar de que pueden identificarse determinados ejes como la escatología, el diluvio y el origen de los astros, las direcciones del universo con sus colores y principios numéricos asociados (cuatro o cinco), el origen de la vida breve y de los bienes culturales, son temas que representan una guía para la reconstrucción del pensamiento mítico de la zona. Particular importancia adquiere el estudio de los héroes culturales, trazando la línea de transformaciones lógicas que lleva de Coyote y el Hermano Mayor en los pueblos septentrionales hasta el Quetzalcóatl de los tepehuanes, pasando por Bobok el sapo entre los yaquis y Moctezuma entre los pápagos. En el dominio de la ritualidad, un intento de este tipo es el que realiza Alejandro Aguilar Zeleny en "Las identidades del rito", al establecer algunas bases que permitan la compara-

³ Las características de este complejo son, entre otras, la evocación cantada, no narrada; la representación de la tierra y del aspecto espiritual del pueblo, animales y objetos; presencia del símbolo del corazón humano y la sangre; la asociación con el fuego, la fuerza y espiritualidad masculinas, y en menor medida con la feminidad.

ción entre los ciclos rituales de los tohonomam, conca'ac, pimas y guarijíos. Desde este punto de vista, el Noroeste no representa un área homogénea en lo físico ni en lo cultural, ya que la extinción de numerosos grupos humanos lo convierten en un mosaico incompleto cuyas piezas son en algunos casos irrecuperables.

Esta perspectiva, que se aleja del esencialismo, es la que impera en los estudios contemporáneos sobre identidad. El valioso acercamiento a los procesos de identificación y autoidentificación de los grupos étnicos, pretende alcanzar, con base en un punto de vista relacional y multi-referenciado, el punto de equilibrio en el que confluyen las distintas relaciones: cómo un grupo se define a sí mismo, cómo lo hace en su relación con los otros, y cómo es visto por los otros. La identidad como relación inteligible al interior de un sistema que abarca lenguaje, ideología y ritual, se aprecia con mayor claridad en la situación de conflicto, o en procesos de subordinación y dominación, tal como lo muestran los trabajos de Hill, Moctezuma y Morúa Leyva. La sección de antropología y lingüística está dominada por la problemática entre identidad, ritualidad y lenguaje, permeada por la noción de poder. Esta cuestión es observada y analizada en contextos diversos como el mestizo o de los grupos indígenas rarámuri, yaqui y mayo, pima, seri o guarijío, ya sea en situaciones intra o interétnicas, en el plano fronterizo y el binacional. Los trabajos de Aguilar Zeleny, Buenrostro, Coronado, Porras, Salles y Valenzuela enfatizan la relación entre identidad y rito. Los de Moctezuma, Hill, Díaz y Morúa Leyva, la relación entre procesos lingüísticos e identidad. Rodrigo Díaz completa este triángulo al identificar aspectos valiosos de la relación entre rito y lenguaje, el rito como lenguaje o el valor de las palabras rituales.

Este ensayo teórico de gran profundidad nos conecta con otra dimensión presente en este libro: el de la diversidad de enfoques teóricos. Cada trabajo ela-

bora su campo conceptual y se aprecia la originalidad e imaginación en el terreno del análisis de las identidades regionales (Núñez Noriega), el desarrollo de metodologías para el estudio de los valores (Flores), así como la creatividad de la lingüística antropológica (Hill).

En el terreno de la investigación arqueológica e histórica, este número reúne aproximaciones a diversos contextos espaciales y temporales. Abarca un marco regional más amplio: desde Sinaloa (Carpenter) y Baja California Sur (Gracida Romo) hasta el noroeste de Sonora y Chihuahua, y en lo temporal se ilustran hitos significativos de la historia de la región, desde el registro arqueológico rupestre (Contreras y Quijada) hasta investigaciones de archivo y hemerográficas del siglo xx (Restor, Padilla, Gutiérrez López). La fructífera interrelación de las disciplinas arqueológica, histórica y antropológica queda de manifiesto en varios trabajos como los de Villalpando, Álvarez Palma y Nolasco. Y por último, cabe resaltar el rigor y profundidad con que todas estas investigaciones aportan en la construcción de una conceptualización positiva —que no por ausencia o contraste frente a Mesoamérica— de una región a cuyo conocimiento dedicara su vida académica el doctor Alejandro Figueroa, el Noroeste de México.

Bibliografía

- Broda, Johanna, *Arqueoastronomía y etnoastronomía en Mesoamérica*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM (Historia de la Ciencia y la Tecnología, 4), 1991.
- Figueroa Valenzuela, Alejandro, *Los que hablan fuerte. Desarrollo de la sociedad yaqui*, en *Noroeste de México*, Hermosillo, Centro Regional del Noroeste, INAH/SEP, 1985.
- Hill, Jane H., "The Flower World of Old Uto-Aztec", en *Journal of Anthropological Research*, núm. 48, Tucson, Department of Anthropology, Univer-